

OCAÑA
leyendas y narraciones

ENRIQUE GARCÍA-MORENO AMADOR
LEOPOLDO FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

OCAÑA

leyendas y narraciones

Ilustraciones

Leopoldo Fernández Fernández

OCAÑA 2013

El editor quiere agradecer expresamente a ENRIQUE GARCÍA-MORENO AMADOR, LEOPOLDO FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, MARIANO DE LA BANDA ALCÁZAR y JOSÉ LUIS MORA MEDINA su aportación desinteresada.

Ilustraciones de cubierta: Alexandre de Laborde, «Vista de los Lavaderos, cerca de Ocaña». *Voyage Pittoresque et Historique de l'Espagne*, París, 1806-1820.

© De la presente edición: EDICIONES DOCE CALLES
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 22 34. Web: docecalles.com
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-156-8

Depósito legal: M-34993-2013

ÍNDICE

PRÓLOGO. Los chicos que vivimos las leyendas	
<i>Mariano de la Banda Álcazar</i>	13
INTRODUCCIÓN	23
APUNTES PREVIOS.....	29
BIBLIOGRAFÍA	31

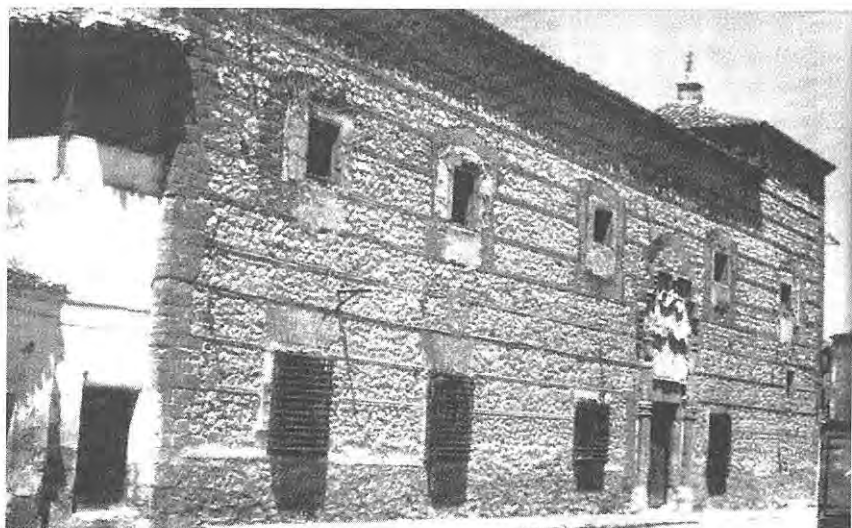
OCAÑA

Leyendas y narraciones

Céspedes	
<i>El gran capitán Alonso de Céspedes «El Bravo»</i>	35
A la sombra de la picota	
<i>Del amor a la virtud</i>	39
El anillo de la doncella	
<i>Sobrevivir a la muerte gracias a una doncella deshonesto</i>	49
El castillo	
<i>La tragedia del Gran Señor Feudal de Ocaña</i>	59
El Carmen	
<i>Centro de la Tierra</i>	71
El campanario	
<i>El duelo a espada lo zanjó el repique de campanas</i>	83
El cómico de San Juan	
<i>La última función del juglar</i>	91
El converso	
<i>La barrera infranqueable del amor prohibido</i>	103
El cristo de los ajusticiados	
<i>Al muerto del aljibe había que encontrarle un asesino</i>	113
El deseo petrificado	
<i>Los Chacones</i>	117

El enterrador	
<i>El difunto que resucitó entre los muertos.....</i>	123
El espartero de Ocaña	
<i>La aparición de las Animas Negras.....</i>	139
El fantasma de la Casona	
<i>El sadismo del Capitán Jerónimo Saavedra.....</i>	147
El gitano albino	
<i>La hermosa cingara fue condenada a concebir un albino.....</i>	159
El jilguero de San Gil	
<i>La secreta historia encerrada en la Ermita de San Gil.....</i>	167
El juramento	
<i>Para verdades el tiempo y para justicia Dios.....</i>	177
El martirio de Santa Antonina y San Alejandro	
<i>La cristiana contra el Olimpo.....</i>	183
El navegante	
<i>Un ocañense en el Nuevo Mundo.....</i>	209
El nevero de los franceses	
<i>La historia que cuenta la congelación del escuadrón francés.....</i>	229
La muerte se vistió de francés	
<i>La gran batalla de Ocaña que perdieron los militares y pagó el pueblo.....</i>	237
Tres mil franceses y una collera	
<i>La renovación de la historia de David contra Goliat.....</i>	267
La Cruz de Capote	
<i>Se enfrentó al dilema entre tradición y la muerte y eligió el sacrificio.....</i>	281
El rosal francés	
<i>La sangre que tiñó a las rosas de rojo intenso.....</i>	285
El Pelele	
<i>La Picota, todo un gran honor para el francés.....</i>	291
El Retiro en llamas	
<i>La historia de Elisa y Juan devorada por las llamas.....</i>	299
Juan de Tavira	
<i>El valiente nevegante que partiera de Ocaña.....</i>	313
El toreo	
<i>Isabel de Castilla y los lanceros de reses bravas.....</i>	321
La Batalla de la Cañada	
<i>Allí donde nació el Voto a Jesús Nazareno.....</i>	329

El alquimista	
<i>El viejo Montodja, el orfebre más importante del Reino de Toledo</i>	337
La bella morisca	
<i>La fiesta de los toros testigo de romances entre culturas</i>	343
La cueva de los murciélagos	
<i>La grieta que escondía prácticas exotéricas y aquelarres de brujas</i>	361
La escultura del alfarero	
<i>Y aquella figura de barro recibió el soplo de vida</i>	373
La hija de la guardesa	
<i>Derrota de Satanás por una frágil doncella</i>	383
La laguna seca	
<i>Las canciones del gigante y la pastora</i>	411
La mayera	
<i>Una historia de amor entre los Mayos de Ocaña</i>	429
La noche de las antorchas	
<i>La rebelión del pueblo ante los abusivos impuestos</i>	435
La puerta del perdón	
<i>Resulta demasiado evidente que nadie pensase en otra cosa que en la muerte</i>	441
La séptima puerta	
<i>El expolio del Tesoro Dominicano</i>	445
Las térmicas de Ocaña	
<i>Se unieron las tres culturas para dar cumplida respuesta a la muerte</i>	463
Las estrellas de la torre	
<i>Las espigas se volvieron lanzas</i>	471
La doncella de las aguas	
<i>La doncella que descubrió el amor en las profundidades del manantial</i>	495



Palacio de los Cárdenas en 1949, con el portón de entrada a la vivienda
habilitada a la familia Vindel de la Banda. Colección Mariano de la Banda

PRÓLOGO

LOS CHICOS QUE VIVIMOS LAS LEYENDAS

El *Diccionario* de la Real Academia Española define la *leyenda* como «relación de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos».

Cuando, allá por el año 2001 llegó a mis manos un ejemplar dedicado por sus autores de la primera versión de este magno y ampliado *Ocaña entre la historia y la leyenda*, su lectura me hizo recordar la parte de mi infancia y juventud dominada por mis estancias en Ocaña y volver a sentirla en el corazón.

El libro, como de costumbre, fue regalo de mi primo Ruperto López-Tofiño Gómez-Monedero y de la Banda, cuya abuela Magdalena de la Banda era hermana de mi abuelo Juan. Su lectura me transportó inmediatamente —como digo— a esos años de mi infancia y primera juventud, aquellos en que se va conformando el espíritu y la conciencia de cada ser. Los veranos, Ferias y Fiestas de septiembre, nada más terminar las de Aranjuez, y las Semanas Santas estampaban en mi cerebro mi calidad de «ocañense rarito». Rarito, por haber nacido en Aranjuez, sí; pero ocañense por siglos de generaciones de los de la Banda y los Alcázar nacidos y bautizados en la histórica Ocaña, cabecera de la Orden de Caballería de Santiago como pueden rastrearse en los Archivos Párroquiales de la Villa, algo que hice en su momento.

Ayudaba al «tirón» para subir las cuestas del Regajal la presencia de mi primo hermano José Vindel de la Banda, con el que formé dúo inseparable, como puede verse en algunas fotografías de aquellos años de la larga posguerra. Y han tenido que ir pasando las décadas para que aquellas vivencias se fueran revelando como un gran privilegio de mi vida: haber estado viviendo **dentro de las leyendas** más importantes de la Ocaña cabeza de la Mesa de Ocaña, como sede Maestral de la Orden de Santiago. No relacionaré nuestras correrías con todas las leyendas, pero sí con algunas de ellas que servirán como muestra de algo

que muchos ocañenses hubieran querido vivir como mi primo y yo, desde dentro de esos «sucesos tradicionales o maravillosos» que en nuestro caso se convertían en verdaderos.

Podemos empezar con el que la especialista que acotó aquella primera versión juzgó como inverosímil en su idealización y transformación literaria: **Las térmicas de Ocaña**.

Mi primo Pepe Vindel y yo junto a Paquito Ufano y dirigidos por nuestro amigo Julio, que vivía justo al lado de la Torre de San Martín, nos reuníamos allí con cañas recogidas en las huertas que seguían a la Fuente Grande. Después, con el típico papel de los vasares de cocina, de cuadritos y parafinado, construíamos artesanales cometas. Es una vivencia que conté hace muchos años desde el escenario del cine de los Calatayud con motivo de uno de mis varios pregones de Fiestas y Semanas Santas. Con metros y metros en ovillo de un cordelillo resistente atado al armazón trasero de la cometa, pasábamos en comitiva ante la puerta del Cuartel de la Guardia Civil hasta llegar en la Carretera de Valencia a aquel lugar especial donde los ocañenses sabían desde siglos atrás que las grullas se quedaban detenidas durante un tiempo, revoloteando sin sentido final en sus cíclicos viajes de «inverneo o veraneo». Justo allí, los niños vivíamos dentro de la **Leyenda de las grullas**, allí donde nuestras cometas subían más que en ningún otro lugar del cielo de la Mesa de Ocaña. Tendrían que pasar años para que la ciencia aeronáutica estableciera su famosa Escuela de Vuelo sin Motor aprovechando aquellas térmicas, al margen –naturalmente– de toda leyenda.

Otro lugar importante en mi memoria ocupan la Casa de la Encomienda y el Palacio de los Cárdenas, entonces llamado del Duque de Frías. Dentro de ambos vivimos y ejercimos de exploradores Pepe Vindel de la Banda y yo, porque tuvimos la gran suerte de que él era hijo del «Mayordomo de los del Águila». Domingo Vindel, casado con Carmen de la Banda era realmente el administrador de todas sus fincas que recorría y vigilaba en un «Forito», uno de los pocos coches a motor que circulaban por Ocaña junto a las «diligencias» de la Estación, pero

se le conocía como Mayordomo. Término que venía en curiosa herencia de los primitivos dueños de aquellas fincas siglos antes: los Maestres de la Orden de Santiago. Ellos delegaban en los Encomenderos y estos, a su vez, en El Mayordomo.

A mis tíos les hicieron primero una vivienda en la Casa Maestral donde vivían con sus hijos: Paca, Tere y Pepe. Como quiera que don Rafael del Águila Rada solo aparecía por allí para ver las cuentas cuando terminaban las cosechas del verano (yo sólo le vi una vez), la casa con su espléndido patio castellano era nuestra «jungla de ricos» lista para descubrir sus tesoros. No llegamos a encontrar —eso ocurrió muchos años después— el famoso mundialmente librito «aljamiado» que alguien tapió con alacena y todo en aquellos peligrosos tiempos de la Inquisición. Una tesis doctoral de Iris Hofman Vannus puso sus imágenes en público y desentrañó su historia. Pero si paseábamos asombrados sobre alfombras de piel de oso y muebles que se nos antojaban «de caoba». Para mayor aventura, en la puerta anterior a la escalera de subida, ya habíamos encontrado joyas auténticas impensables para niños criados y destetados con películas «del Oeste». Un cuarto lleno de sillas vaqueras y, milagro, varios Colt 45 igualitos que los de la pantalla. El remate de la aventura era subir a la boardilla: allí, perchas y perchas repletas de uniformes militares, trajes de noche y viejos tocados de marabú. Para colmo, *el cofre del tesoro*: un baúl que se podía abrir sin forzarlo y que estaba lleno de libros con encuadernación de lujo. Entre ellos, recuerdo el que miramos y remiramos: una *Gula de la Nobleza*, en la que no vimos ni a los Vindel ni a los de la Banda.

Cuando se vino a vivir en la casa junto a su esposa el hijo mayor de don Rafael, supongo que ya terminados sus estudios que le llevarían años después a ser Subsecretario del Plan de Desarrollo con el Ministro López Rodó, eliminaron la vivienda de mi familia y les habilitaron otra mediante unos tabiques no muy altos en un lugar con más historia entre sus auténticos muros: El Palacio de los Cárdenas. Los artesonados que yo veía desde mi cama cada noche sin poder dormirme pensaba



Mariano de la Banda con su primo José Vindel de la Banda, nuestro amigo Julio junto a la galga Linda, que mi tío llevaba para cazar, 1949.

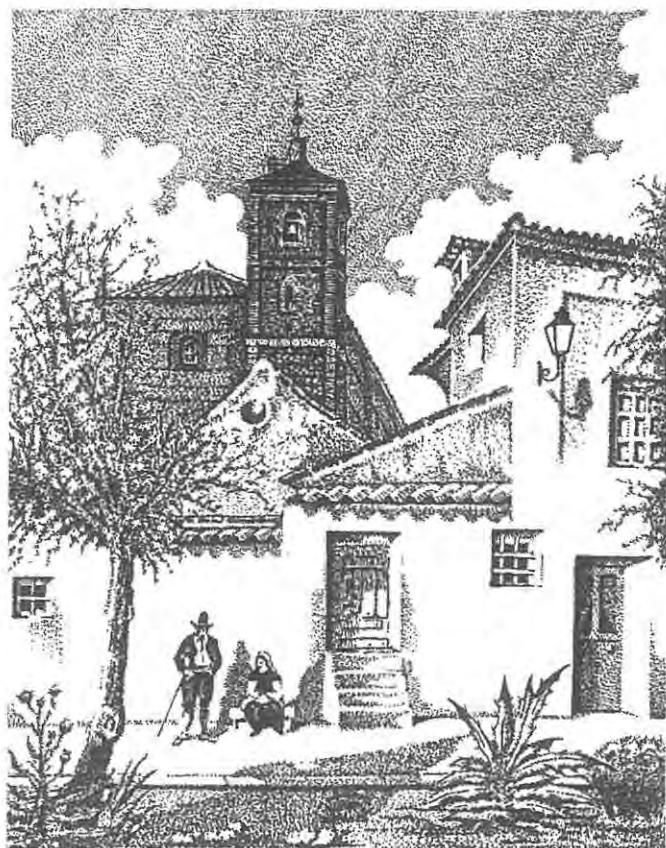
Colección Mariano de la Banda

que eran los mismos que tuvo que ver Isabel la Católica, tan en primer plano en este año de 2013 por la maravillosa serie *Isabel* en la Televisión Española, protegida por su fiel Chacón y apoyada hasta el final por las lanzas de Don Gutierre. A partir de ahí, se disparaban todas las fantasías alentadas por los libros de texto de la época, en la que se daba por hecho que la pobre España de posguerra en que vivíamos era herencia del «Imperio» creado por Isabel y Fernando. Por Ocaña, además, corrían decenas de leyendas que hacían que vieras a la Reina Isabel en cada esquina o en la puerta de la Iglesia de San Juan (antigua sinagoga) tapiada —se decía— para que nadie más la volviera a usar tras haber traspuesto su umbral la gran Reina de Castilla.

La Fuente Grande y su «viaje del Al Qnat» y sus leyendas, tenía para nosotros una importancia que nada tenía que ver con su evidente estilo «escurialense», por haber tenido los mismos diseñadores, ni con las aventuras románticas de «la bella Isabel».

Para nosotros era, simplemente, el lugar donde mitigábamos los calores del verano. Aprovechábamos los pilones delanteros para bañarnos

OCAÑA
leyendas y narraciones



1807/08

CÉSPEDES

El gran capitán Alonso de Céspedes «El Bravo»

Céspedes fue protagonista de una de las proezas más celebradas por los juglares de más arraigo popular que recorrieron sin cesar todas las rutas señaladas desde Madrid hasta la Serranía de Cuenca. Su descomunal fuerza fue fuente de inspiración de mil coplas, interpretadas y cantadas en plazas, en mercados y en callejas durante los siglos XV, XVI y XVII por aquellos trovadores de agudizado ingenio y descarada actitud.

Aquel héroe popular se llamaba don Alonso de Céspedes, nacido en Ocaña en el año 1519. Fueron sus padres don Rodrigo de Céspedes y doña María Flores de Quirós, descendientes estos de don Rodrigo de Céspedes, Comendador del Horcajo, que casó con doña María Ruiz Molina, señora principal de esta Villa.

Dice don Benito de Lariz que:

Desde su niñez empezó a descubrir un genio bello y vivo, un entendimiento claro, un corazón magnánimo y unas fuerzas tan desmedidas, que ejecutaban sus tiernas manos cosas, que no podrían hacer otras muy robustas.

Sirvió en los Tercios españoles a las órdenes de Carlos V, alcanzando el grado de capitán, siendo considerado por todos y profesándole un gran respeto, debido a su arrojo y reconocido valor y muy especialmente por sus hercúleas fuerzas, que no tuvieron parangón en aquellos tiempos. En 1543 pasó a Alemania con los ejércitos del Emperador, donde ejecutó gran parte de sus hazañas. El Duque de Alba, «conociendo su gallarda persona y otras singulares prendas, le ofreció su amistad».

Sobre la credibilidad de sus proezas, nada comunes, se pudo decir: «...se tome lo que sea probable como probable y lo imposible como imposible». El mismo cronista, en su afán de enaltecer al héroe ocañense dio a conocer alguna de ellas:

Don Alonso fijó en Flandes un cartel, a instancias de los españoles y con el beneplácito del Emperador Carlos V, que decía así: «El español Céspedes, natural de la Villa de Ocaña, en el reino de Toledo, desafía a cualquier soldado, de cualquier nación que sea, a todo género de armas e ansí a tirar, echar, saltar e correr; serán jueces el señor Duque de Alba y su Eminencia el Cardenal Hipólito, y el día el domingo desde las dos a las siete».

En los ocios se ocupaba de ejercitar sus fuerzas, principalmente delante de Felipe II. En las corrientes del Tajo, próximo al Real Sitio de Aranjuez, hizo pasar la primera piedra de un molino harinero con todo el cuerpo de agua que, correspondía a las demás. Levantaba una gran mesa tomándola de una esquina, coronada de vasos de agua, sin que se vertiese ni una sola gota. Cortaba la veloz carrera de un caballo con su brazo; tomaba una pica de 25 palmos en su brazo derecho y no le hacían perder su primitiva postura, aunque se agarrasen varios hombres de valor.

Hallándose en la Corte, le dijo el príncipe Don Carlos si se encontraba con alientos para resistir a un tigre y, reservando la respuesta, soltó la de Mayor, el Licenciado Santarén, el capitán es llamado ante la autoridad

de Comendador don Fortún López Carriazo, en las dependencias del Concejo, y habiendo sido estudiado el suceso en todas sus particularidades, es sancionado el denunciado por una cuantía del valor de los desperfectos ocasionados, que no pudiendo pagar cifra tan elevada, cifrada en dos mil maravedises, es condenado civilmente a permanecer durante siete días confinado en las mazmorras del Castillo, comprometiendo su honor hasta que resarciese al demandante en su día, del pago de la deuda más costas.

Quiso el soldado reivindicar su condición privilegiada, que le otorgaba su graduación militar, pero ante la negativa del tribunal de aceptar este recurso y teniendo pendiente aún en su memoria la tragedia de Fuenteovejuna, domó su rebelde voluntad ante el hecho consumado.

Puesto a buen recaudo en los sótanos de la Torre del Homenaje, con su reputación en entredicho y su honor mancillado, siendo su única compañera la soledad en el frío calabozo, se consideró obligado a tomar la decisión, que había utilizado en otros casos extremos: recurrir a las hercúleas fuerzas, que le deparaba su sobrehumana naturaleza.

Como buen estratega, logró calmarse y esperar pacientemente a que los últimos resplandores de la tarde inundasen su habitáculo, anunciando cercano el reino de las sombras.

En un desesperado ímpetu, digno de un auténtico titán, puso en tensión, a todos y cada uno de sus músculos, que cual acero toledano, habían sido templados en las aguas del Tajo de la vecina Noblejas. No encontró grandes dificultades para arrancar de cuajo los pestillos de la fuerte reja, que servían de entrada al calabozo, trasladándose de hurtadillas al obrador del horno, donde, en nuevo alarde de su portentosa potencia física, logró separar gran parte de los barrotes que protegían la ventana, que daba acceso al exterior, sobre el paseo de ronda, en torno al postigo que conduce a las Barreras, por donde se descolgó hasta desaparecer en la penumbra de aquella señalada noche.

En principio, señalan fuentes de rigurosas solvencias, el rastro del capitán quedó difuminado en el tiempo y su paradero perdido en la Geografía de Castilla, sin embargo esta nueva hazaña pasó a engrosar las leyendas más inverosímiles del reino, cantadas por juglares, rapsodas y trovadores.

Más el tiempo no quiso hacer desaparecer de la faz de la Tierra, el recuerdo de las gestas del hombre que atesoró tan extraordinarios valores y dotaciones. Más, prosiguen los cronistas, el rastro de don Alonso Céspedes volvió a parecer años más tarde llenando de gestas cada vez más osadas, hasta que un atardecer una bala perdida en el aire, quiso alojarse y destrozar el corazón del intrépido ocañense, segando su existencia el día 23 de julio de 1569, cuando recién había cumplido medio siglo de vida.

Su cadáver fue trasladado con militar honra y profundo dolor a la iglesia de Restabal, donde fue sepultado al lado del Evangelio en el Altar Mayor. Días de luto fueron promulgados por don Juan de Austria que en extremo le quería, siendo el ejército el que le considerase héroe y paradigma de todos los soldados.

En el lugar de su muerte, se colocó una Cruz de piedra con la siguiente inscripción:

Aquí murió
el gran capitán Alonso
de Céspedes, «El Bravo».

Como dato curioso ofrecemos, el que la puerta enrejada que daba paso a la mazmorra, siempre se ha tenido por ser la que existió últimamente, en la estancia que la Adoración Nocturna mantuvo como sala de descanso, en la Iglesia Parroquial de Santa María.